

AL SERVICIO DE LA ESPIRITUALIDAD LITURGICA

Hablar de «espiritualidad litúrgica» estuvo de moda hace algunos años. Para convencerse de ello bastaría ojear el lugar que ocupó esta temática en la bibliografía litúrgica a partir de los inicios del Movimiento litúrgico. En aquellos primeros tiempos una de los más célebres escritos -l'«Année liturgique» de Guéranger- se presentaba inequívocamente como libro de lectura espiritual en el más estricto sentido de la palabra. Bastante más tarde, en vísperas ya del Vaticano II, dos nuevos libros de Bouyer, uno estrictamente sobre esta temática («La vie de la liturgie», vertido en México, al castellano bajo el título «La piedad litúrgica»), otro con amplias referencias a la relación entre liturgia y espiritualidad, («Introducción a la vida espiritual», edit. Herder), ocuparon también un lugar destacado en la bibliografía litúrgica. En nuestra geografía más concreta no faltó tampoco una obra muy divulgada también sobre el mismo tema -«Liturgia y espiritualidad» del abad G.Mª. Brassó- obra que incluso atravesó las fronteras de nuestra lengua.

En la actualidad este tema no parece interesar tanto. Hoy se habla más de «pastoral litúrgica» que de «espiritualidad litúrgica». ¿Simple cuestión de modas? Es posible. De hecho, si se examina con un poco de profundidad los conceptos de «espiritualidad» y «pastoral», será preciso reconocer que el horizonte de la «pastoral litúrgica» es mucho más limitado que el de «espiritualidad litúrgica». La pastoral -la que viene calificada de litúrgica y la que va acompañada por otros calificativos- es algo, como el propio nombre indica, que de por sí es propio de los que en la Iglesia son «pastores». La «pastoral litúrgica», de hecho es aquella parte de la teología que tiene por destinatarios, no a los fieles en general, sino a los pastores pues estudia los medios con los que éstos promueven la vida litúrgica de sus fieles. La «espiritualidad litúrgica», en cambio, contempla un horizonte mucho más am-

plio: el del conjunto de los cristianos llamados a vivir el misterio de Cristo en las celebraciones.

Pero sea lo que fuere de estas precisiones, lo cierto es que las palabras que están de moda se propagan con gran facilidad. No sería difícil hacer todo un elenco de palabras y frases que van de boca en boca sin que a veces se tenga un excesivo conocimiento de lo que objetivamente significan y sin que tampoco su manera de usarse pudiera resistir a una crítica que las analizara (Oración de los *fieles*, *Confirmación*, etc.) y que sin embargo todos usan. Eso es lo que ha pasado también con la expresión «pastoral litúrgica»: para defenderse de quienes pudieran atacar de que se confunde liturgia con «rúbricas», «ceremonias» o «legislación» sobre el culto divino, para manifestar que se «esta al día» y por «liturgia» se entiende algo más substancial que solos los ritos externos, con facilidad se ha recurrido al nombre de «pastoral litúrgica». Nuestra misma revista -y muchas otras- ha caído en esta equívoco, pues a través de su subtítulo se presenta como revista de «*pastoral* de la plegaria y de la celebración» cuando lo que se persigue es en realidad que los fieles -sean pastores o no- profundicen y se adentren en la espiritualidad que se deriva y conduce a la liturgia.

Pero en este Editorial hoy no queremos referirnos precisamente a problemas de nombre sino más bien al contenido mismo de la revista. Nuestros lectores habrán notado seguramente que desde comienzos de este año «Oración de las horas» ha cambiado su presentación externa. Pensamos que, con ello, la revista ha mejorado. Pero nuestra publicación no ha cambiado únicamente la presentación -y ello es posible haya pasado más desapercibido- sino que también, y desde hace ya algún tiempo, hemos iniciado un cambio en su orientación. Incluso en esta línea venimos pensando desde hace tiempo en la conveniencia de encontrar un nuevo nombre para la revista. Si el cambio de nombre aún no se ha realizado es porque no acabamos de encontrar un título que exprese bien el contenido que deseamos dar a la publicación.

Para nuestra revista quisiéramos un nombre que esté en plena consonancia con la línea de profundización y de servicio a la espiritualidad litúrgica que deseamos lograr. De aquí nuestra reflexión inicial insistiendo en la diferencia que media entre «espiritualidad» y «pastoral». No queremos caer nuevamente en aquellos meros verbalismos que hemos denunciado más arriba ni asumir ninguna título por el simple hecho de que esté formado por palabras de moda; deseamos por el contrario que el mismo título exprese a su manera lo que la revista quiere ofrecer, convencidos de que el nombre «Oración de las Horas»

no solo es poco expresivo sino que incluso despista a no pocos posibles lectores que lógicamente piensan que «Oración de las horas» tiene por *único objeto* el tratamiento del Oficio Divino o Liturgia de las horas.

Llegados aquí es posible que algunos se pregunte porque se dió a la revista el nombre de «Oración de las Horas», aparentemente tan limitativo y poco expresivo. Para explicarlo debemos remontarnos a la historia del nacimiento de la revista. Digámoslo brevemente. «Oración de las horas» empezó a publicarse hace ya cerca de cinco lustros. En el momento de su alumbramiento el título elegido quiso expresar -y creemos que lo logró- la finalidad que perseguía la revista en el momento de su nacimiento. En aquellos momentos, en efecto, por una parte se estaba preparando la reforma del antiguo «Breviario Romano» y por otra Pablo VI, en su «Motu Proprio» «Ecclesiae Sanctae» (6-VIII-66), acababa de exhortar a los religiosos a que substituyeran el rezo de los antiguos «Oficios parvos» por una parte al menos del Oficio Divino. Era una lástima, pensamos en aquel entonces, que los religiosos pasaran del antiguo Oficio Parvo de la Virgen a un Oficio Divino cuyas estructuras iban a cambiar muy pronto. Por ello -y con la generosa ayuda del entonces Secretario del «Consilium», Mons. Bugnini, que nos facilitó muchos textos del proyecto del futuro Oficio Divino- emprendimos una publicación que ayudara a los religiosos que por vez primera se iniciaban en el uso del Breviario a no hacer camino en falso iniciándose en la oración eclesial a través de unas estructuras que iban a durar bien poco. Nos propusimos, pues, ayudar a que los primeros pasos en el rezo del Oficio se dieran ya según el espíritu e incluso con algunos de los elementos que iban a formar parte del futuro Oficio Divino. Aunque cuando se inició nuestra publicación el futuro Oficio Divino no tenía aún nombre propio, entre los miembros del «Consilium» se barajaba, como nombre posible para el futuro breviario, el de «Oración de las horas». Por ello, hasta que se publicara el libro del Oficio, elegimos para nuestra publicación este nombre de «Oración de las horas». Cuando finalmente apareció el nuevo Breviario éste no se llamó «Oración de las horas» sino «Liturgia de las horas». Este es, pues, el origen del nombre de nuestra revista, nombre que en aquel entonces cuadraba perfectamente con la publicación que se proyectaba como temporal, solo hasta que apareciera el futuro Oficio Divino.

Al aparecer más tarde en lengua del pueblo los nuevos libros del Oficio Divino -bautizados definitivamente con el nombre de «Liturgia de las horas»- en un principio pensamos que «Oración de las horas», que hasta entonces había tenido como objeto ofrecer los materiales que hasta entonces no se conocían,

había cumplido ya su misión pues salían ya a luz pública de manera oficial y definitiva todos los textos del Oficio. Pero desde muchas partes se nos instó a que no pusiéramos fin a la publicación en un momento en que, por una parte cada vez eran más los religiosos que pasaban del Oficio parvo al rezo de Laudes y Vísperas y por otra los Monasterios se disponían también a ir adaptando su rezo, por lo menos en parte, a los nuevos textos y estructuras. Así, pues, continuó nuestra revista, con el mismo nombre de «Oración de las Horas», dedicada en esta segunda etapa, a promover sobre todo el rezo inteligente del Oficio según sus nuevas estructuras.

Progresivamente, con todo, y a pesar de su antiguo nombre, «Oración de las horas», se ha ido abriendo a horizontes más amplios. No sin algunas dificultades ciertamente. Una de ellas -y no por cierto la menor- es la variedad de sus actuales usuarios. Por una parte, los Monasterios de vida contemplativa, por otra los religiosos y las parroquias -y sus pastores más en concreto- que necesitan también profundizar su vida espiritual y alimentarla en su fuente primordial que es la liturgia.

Hoy nos alegra ver como cada vez aumentan las subscripciones de sacerdotes; pensamos que para ellos una publicación que les ayude a orar tiene una importancia singular pues existe el riesgo de que los pastores, preocupados únicamente por la pastoral de los fieles, no lean nunca nada pensando en sí mismos, sino de cara únicamente a sus homilías y a lo que deben decir a los fieles. En este ámbito tan plural es necesaria, pues, una cierta comprensión mutua: no todas las páginas de la revista pueden interesar igualmente a todos los grupos: los pastores de las comunidades parroquiales desearán unos matices, los Monasterios se interesarán por otras facetas. Pero unos y otros deben interesarse por la «espiritualidad» que brota de la liturgia y conduce a celebrar mejor la liturgia (Cf. *Sacr. Conc.* 10).

Hablar de «espiritualidad litúrgica» puede tener sin duda un riesgo: el que se interprete con referencia a una de tantas espiritualidades optativas entre otras -como se habla de espiritualidad ignaciana o de espiritualidad monástica-. No es ciertamente éste el sentido que queremos dar aquí a la frase: la espiritualidad litúrgica no es una de tantas espiritualidades entre las que se puede escoger sino aquella espiritualidad que está en la base de todas y es necesaria a todo cristiano y que se deriva o conduce a las fuentes imprescindibles de toda vida cristiana, como lo son, por ejemplo, el Bautismo o la Eucaristía. Pero de ello hablaremos en otra ocasión al presentar más en detalle nuestros propósitos sobre el futuro de la orientación de nuestra revista.

P. F.